

Modernidad y Holocausto

Zygmunt Bauman

sequitur

Madrid, Buenos Aires, Ciudad de México

Índice

Prólogo	11
1. Introducción: la sociología después del Holocausto	21
El Holocausto como prueba de modernidad	26
El significado del proceso civilizador	33
Producción social de la indiferencia moral	40
Producción social de la invisibilidad moral	46
Consecuencias morales del proceso civilizador	50
2. Modernidad, racismo y exterminio (I)	53
Algunas singularidades del extrañamiento de los judíos	56
La incongruencia judía desde la cristiandad hasta la modernidad	59
A horcajadas sobre las barricadas	63
El grupo prismático	64
Dimensiones modernas de la incongruencia	69
La nación no nacional	75
La modernidad del racismo	80
3. Modernidad, racismo y exterminio (II)	85
De la heterofobia al racismo	86
El racismo como ingeniería social	90
De la repugnancia al exterminio	97
Una mirada hacia delante	102

4. Singularidad y normalidad del Holocausto	108
El problema	110
Genocidio extraordinario	113
La peculiaridad del genocidio moderno	119
Efectos de la división jerárquica y funcional del trabajo	124
Deshumanización de los objetos burocráticos	128
La burocracia en el Holocausto	131
La bancarrota de las salvaguardas modernas	133
Conclusiones	137
5. Solicitar la cooperación de las víctimas	144
"Aislar" a las víctimas	150
El juego de "salva lo que puedas"	156
La racionalidad individual al servicio de la destrucción colectiva	163
La racionalidad de la propia conservación	171
Conclusión	178
6. La ética de la obediencia (lectura de Milgram)	180
La inhumanidad como función de la distancia social	184
La complicidad después de los propios actos	186
La tecnología moralizada	189
La responsabilidad flotante	191
El pluralismo del poder y el poder de la conciencia	193
La naturaleza social del mal	196
7. Hacia una teoría sociológica de la moralidad	199
La sociedad como fábrica de moralidad	201
El desafío del Holocausto	206
Las fuentes pre-sociales de la moralidad	210
Cercanía social y responsabilidad moral	215
Supresión social de la responsabilidad moral	219
Producción social de la distancia	224
Comentarios finales	230
8. Addendum: racionalidad y vergüenza	233
Apéndice - Manipulación social de la moralidad: actores moralizadores y acción adiaforizante	241
Notas	256

A Janina y a todos los que sobrevivieron para contar la verdad.

Mientras escribo, seres humanos muy civilizados vuelan sobre mi cabeza con la intención de matarme. No sienten ninguna enemistad hacia mí como persona ni yo tampoco hacia ellos. Simplemente "cumplen con su deber" como suele decirse. La mayoría de ellos, no me cabe ninguna duda, son hombres de buen corazón y temerosos de la ley, que nunca soñarían con cometer un asesinato en su vida privada. Por otro lado, si uno de ellos consigue volarme en pedazos con una bomba certera, tampoco le quitará el sueño. Está al servicio de su país, que tiene poder para absolverle del mal.

George Orwell, *England your England* (1941)

Nada es tan triste como el silencio.

Leo Baek, Presidente de Reichsvertretung der deutschen Juden, 1933-43

Importa que la gran pregunta histórica y social... ¿Cómo pudo suceder?... conserve todo su peso, toda su espantosa desnudez, todo su horror.

Gershom Scholem oponiéndose a la ejecución de Eichmann

Prólogo

Tras escribir su historia personal, tanto en el ghetto como huida, Janina me dio las gracias a mí, su marido, por soportar su prolongada ausencia durante los dos años que dedicó a escribir y recordar un mundo que "no era el de su marido". Lo cierto es que yo pude escapar de ese mundo de horror e inhumanidad cuando se expandía por los rincones más remotos de Europa. Y, como muchos de mis coetáneos, nunca intenté explorarlo una vez que se desvaneció de la tierra y dejé que permaneciera entre los recuerdos obsesionantes y las cicatrices aún abiertas de aquéllos a los que hirió y vistió de luto.

Evidentemente, tenía conocimiento del Holocausto. Compartía esta imagen del Holocausto con muchas personas, tanto de mi generación como más jóvenes: un asesinato horrible que los malvados cometieron contra los inocentes. El mundo se dividió entre asesinos enloquecidos y víctimas indefensas, además de algunas personas que ayudaban a esas víctimas cuando podían aunque casi nunca pudieron. En ese mundo los asesinos asesinaban porque estaban locos, eran malvados y estaban obsesionados con una idea loca y malvada. Las víctimas iban al matadero porque no podían oponerse a un enemigo poderoso y fuertemente armado. El resto del mundo sólo podía observar, perplejo y angustiado, sabiendo que sólo la victoria

final de los ejércitos aliados pondría fin al sufrimiento humano. Con todos estos conocimientos, mi imagen del Holocausto era como un cuadro colgado en la pared: convenientemente enmarcado para distinguirlo del papel pintado y subrayar así su especificidad frente al resto del mobiliario.

Cuando leí el libro de Janina, empecé a pensar en todo lo que no sabía o, mejor dicho, en todas las cosas sobre las que no había recapacitado debidamente. Empecé a comprender que no entendía realmente lo que había sucedido en "ese mundo que no era el mío". Lo que había ocurrido era demasiado complicado como para que se pudiera explicar de esa manera tan sencilla e intelectualmente tranquilizadora que ingenuamente daba por buena. Me di cuenta de que el Holocausto no sólo era siniestro y espantoso sino que además era un acontecimiento difícil de entender con los términos al uso. Para comprenderlo había que describirlo con un código específico que, previamente, debía establecerse.

Yo esperaba que los historiadores, los científicos sociales y los psicólogos lo establecieran y me lo explicaran. Exploré los estantes de las bibliotecas y los encontré repletos de meticulosos estudios históricos y de profundos tratados teológicos. También había algunos estudios sociológicos, pulcramente documentados y escritos con ingenio. Las pruebas que habían acumulado los historiadores eran abrumadoras en volumen y contenido; sus análisis eran profundos y sólidos. Demostraban más allá de cualquier posible duda que el Holocausto es una ventana, y no un cuadro. Una ventana por la que se vislumbran cosas que suelen permanecer invisibles. Se ven cosas de la mayor importancia, no ya sólo para los autores, las víctimas o los testigos del crimen sino para todos los que estamos vivos hoy y esperamos estarlo mañana. Lo que vi por esa ventana no me gustó nada en absoluto. Sin embargo, cuanto más deprimente era la visión más convencido me sentía de que si nos negábamos a asomarnos, todos estaríamos en peligro.

Lo cierto es que yo no había mirado hasta entonces por esa ventana y en eso no me diferenciaba del resto de mis compañeros sociólogos. Al igual que muchos de mis colegas, daba por sentado que el Holocausto había sido, como mucho, algo que los científicos sociales teníamos que aclarar pero en absoluto algo que pudiera arrojar luz sobre las actuales preocupaciones de la sociología. Creía, por pereza mental más que por exceso de reflexión, que el Holocausto había sido una interrupción del normal fluir de la historia, un tumor canceroso en el cuerpo de la sociedad civilizada, una demencia momentánea en medio de la cordura. Así, podía crear para mis estu-

diantes un retrato de una sociedad cuerda, saludable y normal y dejar la historia del Holocausto a los patólogos profesionales.

Nuestra suficiencia –la mía y la de todos mis colegas-, la avalaban, aunque no la excusaran, algunas maneras en que se ha utilizado el recuerdo del Holocausto. Con demasiada frecuencia, se ha sedimentado en la opinión pública como una tragedia que les ocurrió a los judíos y sólo a ellos y que, en consecuencia, exigía de todos los demás poco más que remordimiento, conmiseración y acaso disculpas. Una y otra vez, tanto los judíos como los no judíos lo habían narrado como propiedad única y exclusiva de los primeros, como algo que había que dejar para los que escaparon de los fusilamientos o de las cámaras de gas y para sus descendientes, quienes lo guardarían celosamente. Las dos actitudes, la "externa" y la "interna" se complementaban. Algunos (autoproclamados) portavoces de los muertos llegaron al extremo de avisar contra los ladrones que se confabulaban para arrebatar el Holocausto a los judíos, para "cristianizarlo" o simplemente para disolver su carácter genuinamente judío en una "humanidad" tristemente indiferenciada. El Estado judío intentó utilizar los recuerdos trágicos como certificado de su legitimidad política, como salvoconducto para todas sus acciones políticas pasadas y futuras y, sobre todo, como pago por adelantado de todas las injusticias que pudiera cometer. Todas estas actitudes contribuyeron a que el Holocausto se afanzara en la conciencia pública como un asunto exclusivamente judío y de poca importancia para todos los demás (los judíos individualmente considerados incluidos) que nos vemos en la obligación de vivir nuestro tiempo y de pertenecer a la sociedad moderna. Un amigo mío, culto y reflexivo, me reveló hace poco, en un destello, lo peligrosamente que se había reducido el significado del Holocausto a trauma personal y reivindicación de una nación. Estábamos hablando y yo me quejaba de que en el campo de la sociología no había encontrado muchas referencias a las conclusiones de relevancia universal que se derivan de la experiencia del Holocausto. "Es realmente sorprendente", me contestó mi amigo, "sobre todo si tenemos en cuenta la gran cantidad de sociólogos judíos que hay".

Se lee sobre el Holocausto con ocasión de los aniversarios, que se conmemoran ante un público fundamentalmente judío y se presentan como acontecimientos propios de las comunidades judías. Las universidades han programado cursos especiales sobre la historia del Holocausto que, sin embargo, se imparten desgajados de los cursos de historia general. Muchas personas definen el Holocausto como un asunto específico de la historia

judía. Tiene sus propios especialistas, profesionales que periódicamente se reúnen y disertan entre ellos en simposios y conferencias especializadas. Sin embargo, su trabajo, imponente y de crucial importancia, raramente acaba incidiendo sobre la línea central de las disciplinas académicas o sobre la vida cultural en general, como sí suele ocurrir con otros intereses especializados en este nuestro mundo de especialistas y especialidades.

En las pocas ocasiones en que se le da audiencia, se le suele permitir salir al escenario público de forma aséptica, es decir, amable y desmovilizada. Entonces, puede llegar a conmover al público y sacarlo de su indiferencia ante la tragedia humana (porque se hace eco de su mitología), pero no le sacará de su complacencia —como en *Holocausto*, la serie de televisión estadounidense en la que se veía a educados y pulcros médicos y a sus familias, erguidos, dignos y moralmente incólumes (igual que unos vecinos de Brookling), conducidos a las cámaras de gas por unos nazis degenerados y repugnantes ayudados por campesinos eslavos sedientos de sangre. David G. Roskies, perspicaz analista cercano a las reacciones judías ante el Apocalipsis, ha observado el trabajo silencioso e inexorable de autocensura —las "cabezas inclinadas hacia el suelo" del poemario del ghetto se han sustituido, en ediciones posteriores, por las "cabezas erguidas por la fe". Roskies concluye diciendo: "Cuantas más zonas grises se eliminan, más claros serán los contornos del Holocausto en cuanto arquetipo. Los judíos muertos eran todos absolutamente buenos y los nazis y sus colaboradores absolutamente malos".¹ A Hannah Arendt la abuchearon coros de sentimientos ofendidos cuando se atrevió a sugerir que las víctimas de un régimen inhumano debieron perder algo de su humanidad en el camino hacia la perdición.

El Holocausto sí fue una *tragedia judía*. Aunque los judíos no fueran el único grupo sometido a "trato especial" por el régimen nazi (los seis millones de judíos estaban entre los más de veinte millones de personas aniquiladas por orden de Hitler), solamente los judíos estaban señalados para que se procediera a su destrucción total y no tenían cabida en el Nuevo Orden que Hitler se propuso crear. El Holocausto, no obstante, no fue sólo un *problema judío* ni fue un episodio sólo de la *historia judía*. *El Holocausto se gestó y se puso en práctica en nuestra sociedad moderna y racional, en una fase avanzada de nuestra civilización y en un momento culminante de nuestra cultura y, por esta razón, es un problema de esa sociedad, de esa civilización y de esa cultura*. De ahí que la autocuración de la memoria histórica que se está produciendo en la conciencia de la sociedad moderna

no sólo constituye una negligencia ofensiva para las víctimas del genocidio sino que es el símbolo de una ceguera peligrosa y potencialmente suicida.

Este proceso de autocuración no implica necesariamente que el Holocausto se desvanezca por completo de la memoria. Existen muchas señales que apuntan en la dirección contraria. Aparte de las pocas voces revisionistas que niegan la realidad del suceso (y que, sin percibirlo, incrementan la conciencia pública sobre el Holocausto gracias a los titulares sensacionalistas que provocan) parece que la crueldad del Holocausto y su impacto sobre las víctimas, especialmente las supervivientes, suscita cada vez mayor interés en el público. Los temas de este tipo han pasado a ser casi obligatorios, aunque con una función auxiliar, como tramas secundarias, en películas, series de televisión y novelas. Y, sin embargo, no cabe ninguna duda de que la autocuración sigue produciéndose —y por medio de dos procesos entrelazados.

Uno de ellos es el que convierte la historia del Holocausto en un empeño especializado confinado en sus propias instituciones científicas, fundaciones y circuitos de conferencias. Uno de los efectos frecuentes y sabidos de esta separación de las especializaciones académicas es que el vínculo entre el nuevo ámbito de estudio y el campo principal de la disciplina se va haciendo cada vez más tenue. Los intereses y conclusiones de los nuevos especialistas y el lenguaje y la imagería que crean apenas inciden sobre el núcleo de la disciplina. A menudo, la compartimentalización académica implica que las temáticas encomendadas a las instituciones especializadas se eliminan de ese núcleo. Por así decir, las temáticas se particularizan y marginan y, en la práctica, aunque no necesariamente en teoría, pierden la posibilidad de incidir más allá de su propio ámbito académico. De esta manera, el núcleo de la disciplina puede obviar esos temas, de suerte que aunque aumente, a velocidad impresionante, el volumen, la profundidad y la calidad de las obras especializadas en el Holocausto, no lo hace ni el espacio ni la atención que se le dedica en el relato general de la historia moderna. Si acaso, resulta ahora más sencillo pasar por alto el análisis sustantivo del Holocausto, escudándose tras una oportunamente engrosada lista de referencias bibliográficas.

Otro proceso es la ya apuntada asepsia de la imagería del Holocausto sedimentada en la conciencia popular. Con demasiada frecuencia, la información pública sobre el Holocausto se ha asociado con ceremonias conmemorativas y con las solemnes homilías que estas ceremonias suscitan y legitiman. Estos eventos, aunque sean importantes desde muchos puntos de

vista, dejan poco espacio para el análisis profundo de la experiencia del Holocausto y, menos aún, de sus aspectos más inquietantes y ocultos. De estos ya de por sí tímidos análisis, escasos son los que llegan a la conciencia pública, esa conciencia sostenida por no-iniciados y difundida por los medios de comunicación de masa.

Cuando se pide a la gente que se plantee las preguntas más terribles ("¿cómo fue posible semejante horror?", "¿cómo pudo suceder en el corazón de la parte más civilizada del mundo?") ni su tranquilidad de espíritu ni su equilibrio mental suelen alterarse. El examen de las culpas se disfraza como investigación de las causas. Las raíces del horror, nos dicen, se deben buscar, y se encuentran, en la obsesión de Hitler, en el servilismo de sus partidarios, en la crueldad de sus seguidores y en la corrupción moral de sus ideas. Ahondando en esta etiología, acaso también, se vislumbren causas en algunos reiterados acontecimientos de la historia de Alemania o en la particular indiferencia moral del alemán medio, actitud previsible a la vista de su antisemitismo patente o latente. Todo esto suele venir de la insistencia en considerar que "intentar entender cómo fueron posibles esas cosas", sólo se consigue mediante una letanía de revelaciones sobre un Estado odioso llamado Tercer Reich, sobre la bestialidad de los nazis o sobre otros aspectos de la "enfermedad alemana" que, según creemos y nos animan a creer, indican la presencia de algo que "va contra los principios del planeta".² Se dice también que una vez conozcamos con detalle las bestialidades del nazismo y sus causas "entonces será posible, si no curar, al menos cauterizar la herida que el nazismo ha causado a la civilización occidental".³ Estas y parecidas actitudes pueden interpretarse en el sentido (no siempre pretendido por sus autores) de que una vez establecida la responsabilidad moral de Alemania, de los alemanes y de los nazis, la búsqueda de las causas habrá concluido. Como el Holocausto mismo, sus causas se dieron en un espacio reducido y en un tiempo circunscrito y, felizmente, pasado.

Sin embargo, el centrarse en la *alemanidad* del crimen considerándola como el aspecto en el que radica la explicación de lo sucedido es también un ejercicio que exonera a todos los demás y, especialmente, *todo lo demás*. Suponer que los autores del Holocausto fueron una herida o una enfermedad de nuestra civilización y no uno de sus productos, genuino aunque terrorífico, trae consigo no sólo el consuelo moral de la autoexculpación sino también la amenaza del desarme moral y político. Todo sucedió "allí", en otro tiempo, en otro país. Cuanto más culpables sean "ellos", más a salvo estará el resto de "nosotros" y menos tendremos que defender esa

seguridad. Y si la atribución de culpa se considera equivalente a la localización de las causas, ya no hay motivo para poner en duda la inocencia y rectitud del sistema social del que nos sentimos tan orgullosos.

El efecto final consiste, paradójicamente, en quitar el aguijón del recuerdo del Holocausto. El mensaje que contiene el Holocausto sobre la forma en que vivimos hoy, sobre la calidad de las instituciones con las que contamos para nuestra seguridad, sobre la validez de los criterios con los que medimos la corrección de nuestra conducta y las normas que aceptamos y consideramos normales, se ha silenciado, no se escucha y sigue sin transmitirse. Aunque los especialistas lo hayan sistematizado y se discuta en el circuito de conferencias, raramente se oye hablar de él en otro sitio y sigue siendo un misterio para las personas ajenas al asunto. Todavía no ha penetrado, por lo menos seriamente, en la conciencia contemporánea. Peor todavía, aún no ha modificado los usos contemporáneos.

Este libro pretende ser una contribución pequeña y modesta a lo que parece ser, hoy por hoy, una tarea de una formidable relevancia cultural y política que debería haberse realizado hace tiempo: la tarea de que las lecciones psicológicas, sociológicas y políticas del episodio del Holocausto logren incidir sobre la conciencia y la acción de las instituciones y de los integrantes de la sociedad contemporánea. Este libro no ofrece ningún relato nuevo de la historia del Holocausto, sino que se remite plenamente a los notables logros de las recientes investigaciones especializadas que he intentado estudiar minuciosamente y respecto a las cuales tengo una deuda infinita. Este libro se centra, por contra, en las revisiones que de los distintos asuntos fundamentales de las ciencias sociales (y posiblemente también de las costumbres sociales) deben hacerse a la vista de los procesos, tendencias y potenciales ocultos que salieron a la luz en el transcurso del Holocausto. *El propósito de las diferentes investigaciones aquí recogidas no es aumentar los conocimientos especializados o ahondar en determinadas preocupaciones marginales de los científicos sociales sino hacer disponible para el uso general de la ciencia social las conclusiones de los especialistas: interpretarlas de manera que muestren su relevancia para las cuestiones principales de las investigaciones sociológicas, trasladarlas a la corriente principal de nuestra disciplina y, de esta manera, conseguir que, desde su actual marginalidad, pasen al núcleo de la teoría social y de la práctica sociológica.*

El capítulo 1 se estructura como un repaso general a las respuestas sociológicas (o mejor dicho, a la manifiesta insuficiencia de las mismas)

ante determinadas cuestiones teóricamente fundamentales y vitales que plantean los estudios sobre el Holocausto. Algunas de estas cuestiones se analizan por separado y con mayor detenimiento en capítulos posteriores. En los capítulos 2 y 3 se estudian las tensiones que provocaron las tendencias a trazar límites características de las nuevas condiciones de la modernización, del hundimiento del orden tradicional, del afianzamiento de los Estados nacionales modernos, de los vínculos entre algunos elementos de la civilización moderna (el más importante de todos, la función de la retórica científica en la legitimación de las ambiciones de la ingeniería social), del nacimiento del racismo como forma de antagonismo comunal o de la asociación entre el racismo y los proyectos genocidas. Al sostener que el Holocausto fue un fenómeno típicamente moderno que no puede entenderse fuera del contexto de las tendencias culturales y de los logros técnicos de la modernidad, en el capítulo 4 intento plantear el problema de la combinación, realmente dialéctica, de singularidad y normalidad que caracteriza al Holocausto respecto a otros fenómenos modernos. En la conclusión sugiero que *el Holocausto fue el resultado del encuentro único de factores que, por sí mismos, eran corrientes y vulgares. Y que dicho encuentro resultó posible en gran medida por la emancipación del Estado político -de su monopolio de la violencia y de de sus audaces ambiciones de ingeniería social- del control social, como consecuencia del progresivo desmantelamiento de las fuentes de poder y de las instituciones no políticas de la autorregulación social.*

En el capítulo 5 emprendo la dolorosa e ingrata tarea de analizar una de esas cosas que, con denodado empeño, "preferimos dejar sin expresar":⁴ los mecanismos modernos que permitieron que las víctimas cooperaran en su propio sacrificio; mecanismos que, en contra de lo que se afirma de los efectos dignificantes y moralizadores del proceso civilizador, indican el impacto progresivamente deshumanizador de la autoridad. El capítulo 6 se centra en uno de los "vínculos modernos" del Holocausto: su íntima relación con el modelo de autoridad desarrollado hasta la perfección en la burocracia moderna. Abordo ahí, con detalle, los importantes experimentos socio-psicológicos llevados a cabo por Milgram y por Zimbardo. El capítulo 7, que sirve de síntesis teórica y de conclusión, estudia la posición que ocupa la moralidad en las versiones dominantes de la teoría social y aboga por una revisión radical de esa posición: una revisión que tome en cuenta la demostrada posibilidad de manipular socialmente la distancia social, ya sea física como espiritual.

A pesar de la diversidad de los asuntos tratados, tengo la esperanza de que todos los capítulos apunten en la misma dirección y refuercen la idea central. *Todos ellos vienen a ser argumentos en favor de que incluyamos las lecciones del Holocausto en la línea principal de nuestra teoría de la modernidad y del proceso civilizador y sus efectos.* Todos ellos proceden de la convicción de que la experiencia del Holocausto contiene información fundamental sobre la sociedad a la que pertenecemos.

El Holocausto fue un encuentro singular entre las antiguas tensiones, que la modernidad pasó por alto, despreció o no supo resolver, y los poderosos instrumentos de la acción racional y efectiva creados por los desarrollos de la modernidad. Aunque este encuentro fuera singular y se produjera en virtud de una peculiar combinación de circunstancias, los factores que convergieron eran, y siguen siendo, omnipresentes y "normales". No se ha hecho lo suficiente para desentrañar el pavoroso potencial que albergan estos factores y menos aún para atajar sus efectos potencialmente horribles. Creo que se pueden hacer muchas cosas en ambos sentidos y que debemos hacerlas.⁵